

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración de Jesús (6)

25 de enero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy centramos nuestra atención en la oración que Jesús dirige al Padre en la "Hora" de su elevación y glorificación (cf. Jn 17,1-26). Como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*La tradición cristiana la denomina acertadamente la oración "sacerdotal" de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su "paso" (pascua) hacia el Padre, donde Él es "consagrado" enteramente al Padre*» (n. 2747).

Esta oración de Jesús es comprensible en su extrema riqueza sobre todo si la colocamos en el trasfondo de la Fiesta judía de la expiación, el *Yom kippur*. Ese día, el sumo sacerdote realiza la expiación primero por sí mismo, luego por la clase sacerdotal y, finalmente, por toda la comunidad del pueblo. El objetivo es dar de nuevo al pueblo de Israel, después de las transgresiones de un año, la conciencia de la reconciliación con Dios, la conciencia de ser el pueblo elegido, el "pueblo santo" en medio de los demás pueblos. La oración de Jesús, presentada en el capítulo 17 del Evangelio según san Juan, retoma la estructura de esta Fiesta. En aquella noche, Jesús se dirige al Padre en el momento en el que se está ofreciendo a sí mismo. Él, sacerdote y víctima, reza por sí mismo, por los apóstoles y por todos aquellos que creerán en Él por la Iglesia de todos los tiempos (cf. Jn 17 20).

en la verdad: tu palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17,16-19). Pregunto: En este caso, ¿qué significa “consagrar”? Ante todo, es necesario decir que propiamente “consagrado” o “santo” es solo Dios. Consagrar, por lo tanto, quiere decir transferir una realidad —una persona o cosa— a la propiedad de Dios. Y en esto se presentan dos aspectos complementarios: por un lado, sacar de las cosas comunes, separar, “apartar” del ambiente de la vida personal del hombre para la entrega total a Dios; y, por otro, esta separación, este traslado a la esfera de Dios, tiene el significado de “envío”, de misión: precisamente porque al entregarse a Dios, la realidad, la persona consagrada existe “para” los demás, se entrega a los demás. Entregar a Dios quiere decir no pertenecerse ya a uno mismo, sino a todos. Es consagrado quien, como Jesús, es separado del mundo y apartado para Dios con vistas a una tarea y, precisamente por ello, está completamente a disposición de todos. Para los discípulos, será continuar la misión de Jesús, entregarse a Dios para estar así en misión para todos. La tarde de la Pascua, el Resucitado, al aparecerse a sus discípulos, les dirá: *«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo»* (Jn 20,21).

El tercer acto de esta oración sacerdotal extiende la mirada hasta el fin de los tiempos. En esta oración, Jesús se dirige al Padre para interceder en favor de todos aquellos que serán conducidos a la fe mediante la misión inaugurada por los apóstoles y continuada en la historia: *«No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos»* (Jn 17,20). Jesús ruega por la Iglesia de todos los tiempos, ruega también por nosotros. El *Catecismo de la Iglesia Católica* comenta: *«Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la “Hora de Jesús” llena los últimos tiempos y los lleva a su consumación»* (n. 2749).

La petición central de la oración sacerdotal de Jesús dedicada a sus discípulos de todos los tiempos es la petición de la futura unidad de cuantos creerán en Él. Esa unidad no es producto del mundo, sino que proviene exclusivamente de la unidad divina y llega a nosotros desde el Padre mediante el Hijo y en el Espíritu Santo. Jesús invoca un don que proviene del cielo, y que tiene su efecto —real y perceptible— en la tierra. Él ruega *«para que todos sean uno: como Tú, Padre, en mí, y yo en Ti, que ellos también sean*

ante el Señor a nuestro prójimo, comprendiendo la belleza de interceder por los demás; pidámosle el don de la unidad visible entre todos los creyentes en Cristo —lo hemos invocado con fuerza en esta Semana de oración por la unidad de los cristianos—; pidamos estar siempre dispuestos a responder a quien nos pida razón de la esperanza que está en nosotros (cf. 1P 3,15). Gracias.

*(**Saludo** a los peregrinos de lengua española)*